

EL MARQUÉS DE LUMBRÍA

por Miguel de Unamuno

LA CASONA solariega de los marqueses de Lumbría, el palacio, que es como se le llamaba en la adusta ciudad de Lorenza,¹ parecía un arca de silenciosos recuerdos del misterio. A pesar de hallarse habitada, casi siempre permanecía con las ventanas y los balcones que daban al mundo cerrados. Su fachada, en la que se destacaba el gran escudo de armas del linaje de Lumbría, daba al Mediodía, a la gran plaza de la Catedral, y frente a la ponderosa fábrica de ésta; pero como el sol bañaba casi todo el día, y en Lorenza apenas hay días nublados, todos sus huecos permanecían cerrados. Y ello porque el excelentísimo señor marqués de Lumbría, don Rodrigo Suárez de Tejada, tenía horror a la luz del sol y al aire libre. "El polvo de la calle y la luz del sol—solía decir—no hacen más que deslustrar los muebles y echar a perder las habitaciones, y luego, las moscas. . . ." El marqués tenía verdadero horror a las moscas, que podían venir de un andrajoso mendigo, acaso de un tiñoso. El marqués temblaba ante posibles contagios de enfermedades plebeyas. Eran tan sucios los de Lorenza y su comarca . . .

Por la trasera daba la casona al enorme tajo escarpado que dominaba al río. Una manta de yedra cubría por aquella parte grandes lienzos del palacio. Y aunque la yedra era abrigo de ratones y otras alimañas, el marqués la

THE MARQUIS OF LUMBRÍA

by Miguel de Unamuno

THE MANORIAL house of the Marquis of Lumbría, "the palace" as it was called in the gloomy city of Lorenza, was like a chest of silent, mysterious memories. Although it was inhabited, its windows and balconies that faced the street were almost always closed. Its façade, which boldly displayed the great coat-of-arms of the Lumbría family, faced south toward the spacious square of the Cathedral and stood opposite this imposing edifice; but since the sun shone upon it almost all day long, and there are scarcely any cloudy days in Lorenza, all its windows and doors remained closed. And this happened because the most excellent Marquis of Lumbría, Don Rodrigo Suárez de Tejada, abhorred sunlight and fresh air. "Street dust and sunlight," he used to say, "do nothing but dull the furniture and spoil the rooms—and then the flies . . ." The Marquis had a veritable horror of the flies which might come from a ragged, or perhaps a scurvy beggar. The Marquis trembled at the possibility of contracting any of the plebeian diseases. The people of Lorenza and its environs were so filthy . . .

The rear of the mansion faced an enormous rugged cliff that overlooked the river. A blanket of ivy covered the wide walls of the palace on this side. And though the ivy sheltered mice and other vermin, the Marquis respected it. It

EL MARQUÉS DE LUMBRÍA

respetaba. Era una tradición de familia. Y en un balcón puesto allí, a la umbría, libre del sol y de sus moscas, solía el marqués ponerse a leer mientras le arrullaba el rumor del río, que gruñía en el congosto de su cauce, forcejeando con espumarajos por abrirse paso entre las rocas del tajo.

El excelentísimo señor marqués de Lumbría vivía con dos hijas, Carolina, la mayor, y Luisa, y con su segunda mujer, doña Vicenta, señora de brumoso seso, que cuando no estaba durmiendo estaba quejándose de todo, y en especial del ruido. Porque así como el marqués temía al sol, la marquesa temía al ruido, y mientras aquél se iba en las tardes de estío a leer en el balcón en sombra, entre yedra, al son del canto secular del río, la señora se quedaba en el salón delantero a echar la siesta sobre una vieja butaca de raso, a la que no había tocado el sol, y al arrullo del silencio de la plaza de la Catedral.

El marqués de Lumbría no tenía hijos varones, y ésta era la espina dolorosísima de su vida. Como que para tenerlos se había casado, a poco de enviudar con su mujer, con doña Vicenta, su señora, y la señora le había resultado estéril.

La vida del marqués transcurría tan monótona y cotidiana, tan consuetudinaria y ritual, como el gruñir del río en lo hondo del tajo³ o como los oficios litúrgicos de la Catedral. Administraba sus fincas y dehesas, a las que iba de visita, siempre corta, de vez en cuando, y por la noche tenía su partida de tresillo con el penitenciario,⁴ consejero íntimo de la familia, un beneficiado y el registrador de la Propiedad. Llegaban a la misma hora, cruzaban la gran puerta, sobre la que se ostentaba la placa del Sagrado Corazón de Jesús con su "Reinaré en España y con más veneración que en otras partes," sentábanse en derredor de la mesita dispuesta ya, y al dar las diez se iban alejando, aunque hubiera puestas, para el siguiente día. Entretanto, la marquesa dormitaba y las hijas del marqués hacían labores, leían libros de edificación⁵—acaso otros obtenidos a hurtadillas—o reñían una con otra.

THE MARQUIS OF LUMBRÍA

was a family tradition. And on a balcony, built here on the shady side, free from the sun and its accompanying flies, the Marquis used to sit down to read while the murmur of the river soothed him, as it rushed down the narrow channel of its bed, surging with foam to force its way through the rocks of the cliff.

The most excellent Marquis of Lumbría lived with his two daughters, Carolina, the elder, and Luisa, and with his second wife, Doña Vicenta, a woman with a foggy brain, who, when she was not sleeping, was complaining of everything, especially of the noise. For, just as the Marquis feared sunshine, the Marquise feared noise; and while the former went on summer afternoons to read in the shade of the ivy-covered balcony to the sound of the river's ageless song, his wife stayed in the front parlor and took her siesta in an old satin arm-chair which the sun had not touched, lulled by the silence of the cathedral square.

The Marquis of Lumbría had no male children, and this was the most painful thorn in his existence. It was in order to have them that, shortly after having become a widower, he had married Doña Vicenta, his present wife, but she had proved sterile.

The Marquis' life was as monotonous and quotidian, as unchanging and regular, as the murmur of the river below the cliff or as the liturgic services in the cathedral. He managed his estate and pasture lands, to which he paid short visits from time to time, and at night he would play *ombre* with the priest, the intimate advisor of his family, a curate, and the clerk of records. They all arrived at the same hour, went through the great door above which was exhibited a plaque of the Sacred Heart of Jesus with its inscription: "I shall reign in Spain, more revered there than elsewhere," seated themselves around the little table already arranged for them, and on the stroke of ten, they parted until the following day, even though there might still be open stakes. Meanwhile the Marquise dozed off and the Marquis' daughters did their needlework, read edifying books—perhaps some others obtained on the sly—or quarreled with each other.

EL MARQUÉS DE LUMBRÍA

Porque como para matar el tedio que se corría desde el salón cerrado al sol y a las moscas, hasta los muros vestidos de yedra, Carolina y Luisa tenían que refirir. La mayor, Carolina, odiaba al sol, como su padre, y se mantenía rígida y observante de las tradiciones de la casa; mientras Luisa gustaba de cantar, de asomarse a las ventanas y los balcones y hasta de criar en éstos flores de tiesto, costumbre plebeya, según el marqués. "¿No tienes el jardín?", le decía éste a su hija, refiriéndose a un jardincillo anexo al palacio, pero al que rara vez bajaban sus habitantes. Pero ella, Luisa, quería tener tiestos en el balcón de su dormitorio, que daba a una calleja de la plaza de la Catedral, y regarlos, y con este pretexto asomarse a ver quién pasaba. "Qué mal gusto de atisbar lo que no nos importa . . .", decía el padre; y la hermana mayor, Carolina, añadía: "¡No, sino de andar a caza!" Y ya la tenían armada.⁶

Y los asomos al balcón del dormitorio y el riego de las flores de tiesto dieron su fruto. Tristán Ibáñez del Gamonal, de una familia linajuda también y de las más tradicionales de la ciudad de Lorenza, se fijó en la hija segunda del marqués de Lumbría, a la que vio sonreír, con ojos como de violeta y boca como de geranio, por entre las flores del balcón de su dormitorio. Y ello fué que,⁷ al pasar un día Tristán por la calleja, se le vino encima el agua del riego que rebosaba de los tiestos, y al exclamar Luisa: "¡Oh, perdone, Tristán!", éste sintió como si la voz doliente de una princesa presa en un castillo encantado le llamara a su socorro.

— Esas cosas, hija—le dijo su padre—, se hacen en forma y seriamente. ¡Chiquilladas, no!

— Pero, ¿a qué viene eso, padre?—exclamó Luisa.

— Carolina te lo dirá.
Luisa se quedó mirando a su hermana mayor, y ésta dijo:

— No me parece, hermana, que nosotras, las hijas de los marqueses de Lumbría, hemos de andar haciendo las cosas

THE MARQUIS OF LUMBRÍA

For in order to break the tedium which was everywhere, from the parlor closed tight against the sun and flies to the ivy-clad walls, Carolina and Luisa had to quarrel. Carolina, the elder, hated the sun, like her father, and kept herself rigorously observant of all the family traditions; while Luisa liked to sing, to lean out the windows and over balconies and even to grow flowers there in flower-pots—a vulgar custom according to the Marquis. "What about the garden?" he would say to his daughter, referring to a tiny garden which adjoined the palace, but was seldom visited by any of the latter's inhabitants. But Luisa wanted to have flower-pots on the balcony of her bedroom, which faced a side street of the cathedral square; she wanted to water them, and with this as a pretext, to lean out and see who was passing by. "What bad taste to pry into what does not concern us . . ." her father would say; and her older sister, Carolina, would add: "No, but to go hunting!" And then the fun would begin.

And the appearances on the bedroom balcony and the watering of the potted flowers yielded their fruit. Tristan Ibáñez del Gamonal, of a titled family, one of the oldest in the city of Lorenza, noticed the second daughter of the Marquis of Lumbría; he saw her smiling, with her violet-like eyes and geranium-like mouth, among the flowers on the balcony of her bedroom. And it happened one day as Tristan was passing through the narrow street, the water overflowing from the flower-pots came down on him, and when Luisa exclaimed: "O, excuse me, Tristan!" he felt as if the voice of a suffering princess imprisoned in an enchanted castle were calling him to her aid.

"Such things, my daughter," said her father, "are done formally and seriously. I will have no foolishness!"

"But what do you mean by that, father?" exclaimed Luisa.

"Carolina will tell you."

Luisa stood looking at her older sister and the latter said:

"It does seem to me, sister, that we, the daughters of the Marquis of Lumbría, should not carry on flirtations and

EL MARQUÉS DE LUMBRÍA

en cortejos y pelando la pava⁸ desde el balcón como las artesanas. ¿Para eso eran las flores?

—Que pida entrada ese joven—sentenció el padre—, y pues que, por mi parte, nada tengo que oponerle,⁹ todo se arreglará. ¿Y tú, Carolina?

—Yo—dijo ésta—tampoco me opongo.

Y se le hizo a Tristán entrar en la casa como pretendiente formal a la mano de Luisa. La señora tardó en enterarse de ello.

Y mientras transcurría la sesión de tresillo, la señora dormitaba en un rincón de la sala, y, junto a ella, Carolina y Luisa, haciendo labores de punto o de bolillos, cuchicheaban con Tristán, al cual procuraban no dejarle nunca solo con Luisa, sino siempre con las dos hermanas. En esto era vigilantísimo el padre. No le importaba, en cambio, que alguna vez recibiera a solas Carolina al que debía de ser su cuñado, pues así le instruiría mejor en las tradiciones y costumbres de la casa.

* * *

Los contertulios tresillistas,¹⁰ la servidumbre de la casa y hasta los del pueblo, a quienes intrigaba el misterio de la casona, notaron que a poco de la admisión en ésta de Tristán como novio de la segundona¹¹ del marqués, el ámbito espiritual de la hierática familia pareció espesarse y ensombrecerse. La taciturnidad del marqués se hizo mayor,¹² la señora se quejaba más que nunca del ruido, y el ruido era mayor que nunca. Porque las riñas y querellas entre las dos hermanas eran mayores y más enconadas que antes, pero más silenciosas. Cuando, al cruzarse en un pasillo, la una insultaba a la otra, o acaso la pellizcaba, hacíanlo como en susurro, y ahogaban las quejas. Sólo una vez oyó Mariana, la vieja doncella, que Luisa gritaba: "Pues lo sabrá toda la ciudad, ¡sí, lo sabrá la ciudad toda! ¡Saldré al balcón de la plaza de la Catedral a gritárselo a todo el mundo!" "¡Calla!", gimió la voz del marqués, y luego una expresión tal, tan inaudita allí, que Mariana huyó despavorida de junto a la puerta donde escuchaba.

THE MARQUIS OF LUMBRÍA

strut about like peacocks on the balcony as women of the working class do. Is that what the flowers were for?"

"Let that young man ask to be admitted," pronounced her father, "and as I have nothing against him, everything will be arranged. How about you, Carolina?"

"I," said the latter, "do not object either."

And so Tristan entered the house as a formal suitor for the hand of Luisa.

The Marquise did not perceive this at once. And as the *ombre* session passed, the lady dozed in a corner of the drawing-room; and near her Carolina and Luisa, knitting or making lace, whispered with Tristan, whom they were careful never to leave alone with Luisa but always with both sisters. In this respect the father was most vigilant. He did not mind, on the other hand, if Carolina sometimes received her future brother-in-law alone, for thus she could better instruct him in the customs and traditions of the household.

* * *

The card players, the domestics and even the townspeople who were intrigued by the mystery of the mansion, noticed that shortly after Tristan's admission into the house as the sweetheart of the second daughter of the Marquis, the spiritual atmosphere of the hieratic family seemed to grow more dense and shadowy. The Marquis grew more taciturn, and his wife complained more than ever about the noise and the noise was greater than ever. For the quarrels and disputes of the two sisters were more violent and bitter than before, but more silent. When one of them insulted or perhaps pinched the other, as they met in the hall, it would be an affair of whispers and smothered complaints. Only once did Mariana, the old chambermaid, hear Luisa shouting: "Well, the whole city shall know it! Yes, the whole city shall know it! I shall go out on the balcony overlooking the cathedral square and shout it to everyone!" "Be quiet," roared the voice of the Marquis, and then followed an expression, so unheard in that house, that Mariana

A los pocos días de esto, el marqués se fué de Lorenza, llevándose consigo a su hija mayor, Carolina. Y en los días que permaneció ausente, Tristán no pareció por la casa. Cuando regresó el marqués solo una noche, se creyó obligado a dar alguna explicación a la tertulia del tresillo. "La pobre no está bien de salud—dijo mirando fijamente al penitenciario—; ello la lleva, ¡cosa de nervios!, a constantes disensiones, sin importancia, por supuesto, con su hermana, a quien, por lo demás, adora, y la he llevado a que se recupere." Nadie le contestó nada.

Pocos días después, en familia, muy en familia, se celebraba el matrimonio entre Tristán Ibáñez del Gamonal y la hija segunda del excelentísimo señor marqués de Lumbría. De fuera no asistieron más que la madre del novio y los tresillistas.

Tristán fué a vivir¹³ con su suegro, y el ámbito de la casona se espesó y entenebreció más aún. Las flores del balcón del dormitorio de la recién casada se ajaron por falta de cuidado; la señora se dormía más que antes, y el señor vagaba como un espectro, taciturno y cabizbajo, por el salón cerrado a la luz del sol de la calle. Sentía que se le iba la vida, y se agarraba a ella. Renunció al tresillo, lo que pareció, su despedida del mundo, si es que en el mundo vivió.¹⁴ "No tengo ya la cabeza para el juego—le dijo a su confidente el penitenciario—; me distraigo a cada momento y el tresillo no me distrae ya; ¹⁵ sólo me queda prepararme a bien morir."

Un día, amaneció con un ataque de perlesía. Apenas si recordaba nada.¹⁶ Mas en cuanto fué recobrándose, parecía agarrarse con más desesperado tesón a la vida. "No, no puedo morir hasta ver como queda la cosa."¹⁷ Y a su hija, que le llevaba la comida a la cama, le preguntaba ansioso: "¿Cómo va eso? ¿Tardará?" "Ya no mucho, padre." "Pues no me voy, no debo irme, hasta recibir al nuevo marqués; porque tiene que ser varón, ¡un varón!; hace aquí falta un hombre, y si no es un Suárez de Tejada, será un Rodrigo y un marqués de Lumbría." "Eso no depende de mí,

fled in terror from the door at which she had been listening.

A few days later the Marquis went away from Lorenza and took his eldest daughter, Carolina, with him. And during the time he was gone Tristan did not appear at the house. When the Marquis returned, he felt obliged one night to give some explanation at the card party. "The poor girl is not feeling well," he said, looking fixedly at the priest, "it's a case of nerves that comes from constant quarrels, trivial, of course, with her sister whom she really adores, and so I took her away to recuperate." Nobody answered a word.

A few days later, the marriage of Tristan Ibáñez del Gamonal to the second daughter of the most excellent Marquis de Lumbría was celebrated *en famille*—decidedly *en famille*. No outsiders attended it except the mother of the groom and the card players.

Tristan came to live with his father-in-law and the atmosphere in the mansion grew denser and still more tenebrous. The flowers on the bedroom balcony of the new bride withered for lack of care. The Marquise slept more than ever and the Marquis, like a ghost, taciturn and crestfallen, roamed about the living-room sealed against the light from the street. He felt that his life was ebbing away, and he was clutching at it. He gave up *ombre*, and this act seemed like a farewell to the world—if he ever lived in the world. "I have not the head for the game now," he told his confidant, the priest, "I am distracted every minute and the game no longer amuses me. The only thing left is to prepare myself to die well."

One day he awoke with a paralytic stroke. He hardly remembered anything. But as he recovered, he seemed to clutch at life with a more desperate tenacity. "No, I can't die until I see how things turn out." And of his daughter, who brought him his dinner in bed, he inquired anxiously: "How's it going? Will it be long?"

"Not much longer, father."

"Well, I am not going away, I cannot go until I see the new Marquis; because it must be a male, a male! We need a man here and if it is not a Suárez de Tejada, it will be a

EL MARQUÉS DE LUMBRÍA

padre . . ." "Pues eso más faltaba,¹⁸ hija—y le temblaba la voz al decirlo—, que después de habérsenos metido en casa ese . . . botarate, no nos diera un marqués . . . Era capaz de . . ." ¹⁹ La pobre Luisa lloraba. Y Tristán parecía un reo y a la vez un sirviente.

La excitación del pobre señor llegó al colmo cuando supo que su hija estaba para librar. Temblaba todo él con fiebre expectativa. "Necesitaba más cuidado que la parturienta"—dijo el médico.

—Cuando dé a luz Luisa—le dijo el marqués a su yerno—, si es hijo, si es marqués, tráemelo en seguida, que lo vea, para que pueda morir tranquilo; traémelo tú mismo.

Al oír el marqués aquel grito, incorporóse en la cama y quedó mirando hacia la puerta del cuarto, acechando. Poco después entraba Tristán, compungido, trayendo bien arropado al niño. "¡Marqués!"—gritó el anciano—. "¡Sí!" Echó un poco el cuerpo hacia adelante a examinar al recién nacido, le dió un beso balbuciente y tembloroso, un beso de muerte, y sin mirar siquiera a su yerno se dejó caer pesadamente sobre la almohada y sin sentido. Y sin haberlo recobrado murióse dos días después.

Vistieron de luto, con un lienzo negro, el escudo de la fachada de la casona, y el negro del lienzo empezó desde luego a ajarse con el sol, que le daba de lleno ²⁰ durante casi todo el día. Y un aire de luto pareció caer sobre la casa toda, a la que no llevó alegría ninguna el niño.

La pobre Luisa, la madre, salió extenuada del parto. Empeñóse en un principio en criar a la criatura, pero tuvo que desistir de ello. "Pecho mercenario . . . , pecho mercenario . . ." Suspiraba. "¡Ahora, Tristán, a criar al marqués"—le repetía a su marido.

Tristán había caído en una tristeza indefinible y se sentía envejecer. "Soy como una dependencia de la casa, casi un mueble"—se decía. Y desde la calleja solía contemplar el

THE MARQUIS OF LUMBRÍA

Rodrigo and a Marquis de Lumbría."

"That does not depend on me, father . . ."

"Well, that would be the last straw, my daughter," and his voice trembled as he said it, "that after taking that madcap into our house, he should not give us a Marquis . . . Why I would . . ."

Poor Luisa wept and Tristan seemed a criminal and a servant at the same time.

The excitement of the poor man reached its height when he learned that his daughter was about to deliver. He trembled all over with a feverish expectancy. "You require more care than the expectant mother," said the doctor.

"When Luisa gives birth to the child," said the Marquis to his son-in-law, "if it is a son, a Marquis, bring him to me at once that I may see him and then die in peace; bring him to me yourself."

When the Marquis heard the cry, he sat up in bed and stared at the door. Shortly afterwards Tristan entered, looking remorseful and carrying the child well wrapped up. "Marquis?" the old man shouted.

"Yes!"

He leaned forward a little to examine the new-born babe; he gave it a shaky tremulous kiss, the kiss of death, and without even looking at his son-in-law, he fell back heavily upon the pillow, senseless. Without regaining consciousness he died two days later.

With black cloth, they draped the coat-of-arms on the façade of the house in mourning, and the black of the cloth soon began to fade in the sun which shone full force upon it all day long. An air of mourning seemed to descend upon the whole house to which the child brought no happiness.

Poor Luisa, his mother, was left so weak after childbirth that though she insisted on nursing her child at the beginning, she had to give it up. "A hired breast . . .," she sighed. "Now, Tristan, a wet nurse will nurse the Marquis," she repeated to her husband.

Tristan had fallen into an indefinable sadness; he felt himself growing old. "I am like an appurtenance of the house, almost a piece of furniture," he would say to himself.

EL MARQUÉS DE LUMBRÍA

balcón del que fué dormitorio de Luisa, balcón ya sin tientos de flores.

— Si volviésemos a poner flores en tu balcón, Luisa . . . —se atrevió a decirle una vez a su mujer.

— Aquí no hay más flor que el marqués—le contestó ella.

El pobre sufría con que a su hijo no se le llamase sino el marqués. Y huyendo de casa, dió en refugiarse en la Catedral. Otras veces salía, yéndose no se sabía adónde. Y lo que más le irritaba era que su mujer ni intentaba averiguarlo.

Luisa sentíase morir, que se le derretía gota a gota la vida. "Se me va la vida como un hilito de agua"—decía—; siento que se me adelgaza la sangre; me zumba la cabeza, y si aún vivo, es porque me voy muriendo muy despacio . . . Y si lo siento, es por él, por mi marquesillo, sólo por él . . . ¡Qué triste vida la de esta casa sin sol! . . . Yo creía que tú, Tristán, me hubieses traído sol, y libertad, y alegría; pero no, tú no me has traído más que el marquésito . . . ¡Tráemelo!" Y le cubría de besos lentos, temblorosos y febriles. Y a pesar de que se hablaban, entre marido y mujer se interponía una cortina de helado silencio. Nada decían de lo que más les atormentaba las mentes y los pechos.

Cuando Luisa sintió que el hilito de su vida iba a romperse, poniendo su mano fría sobre la frente del niño, de Rodriguín, le dijo al padre: "Cuida del marqués. ¡Sacrificate al marqués! ¡Ah, y a ella dile que la perdono!" "¿Y a mí?"—gimió Tristán. "¿A ti? ¡Tú no necesitas ser perdonado!" Palabras que cayeron como una terrible sentencia sobre el pobre hombre. Y poco después de oírlas se quedó viudo.

* * *

Viudo, joven, dueño de una considerable fortuna, la de su hijo el marqués, y preso en aquel lúgubre caserón cerrado al sol, con recuerdos que siendo de muy pocos años le

THE MARQUIS OF LUMBRÍA

And from the narrow street he would gaze at the balcony of Luisa's bedroom, a balcony with no more flower-pots.

"Couldn't we put some flowers on your balcony again, Luisa?" he once ventured to ask his wife.

"Here there is no other flower but the Marquis," she answered.

The poor man suffered because they called his son nothing but the Marquis. Shunning his home, he took to seeking refuge in the cathedral. Other times he would go out without anyone knowing where he went. And what hurt him most was that his wife did not even try to discover where he went.

Luisa felt that she was dying, for life was melting away from her drop by drop. "My life is leaving me like a fine stream of water," she said, "I feel my blood grow thinner; my head is buzzing, and if I'm still alive, it's because I am dying very slowly . . . And if I regret it, it is for his sake, for my little Marquis, only for him . . . How sad life is in this sunless house! I thought that you, Tristan, would bring sunshine, freedom and happiness; but no, you have brought me nothing but the little Marquis . . . Bring him to me!" And she covered him with long, tremulous, feverish kisses. And although they spoke to each other, between husband and wife there fell a curtain of frozen silence. They said nothing of what most tormented their minds and hearts.

When Luisa felt that the thread of her life was about to break, she placed her cold hand on her son Rodrigo's forehead and said to his father: "Take care of the Marquis! Sacrifice yourself for the Marquis! Oh, and tell her that I forgive her!"

"And me?" moaned Tristan.

"You? You don't have to be pardoned!" The words fell like a fearful sentence upon the poor man. And shortly after hearing them, he was left a widower.

* * *

A young widower, master of a considerable fortune, that of his son the Marquis, and imprisoned in that gloomy mansion shut against the sun, with memories which, even

parecían ya viejísimos. Pasábase las horas muertas²² en un balcón de la trasera de la casona, entre la yedra, oyendo el zumbido del río. Poco después reanudaba las sesiones del tresillo. Y se pasaba largos ratos encerrado con el penitenciaro, revisando, se decía, los papeles del difunto marqués y arreglando su testamentaria.

Pero lo que dió un día que hablar en toda la ciudad de Lorenza²³ fué que, después de una ausencia de unos días, volvió Tristán a la casona con Carolina, su cuñada, y ahora su nueva mujer. ¿Pues no se decía que había entrado monja?²⁴ ¿Dónde, y cómo vivió durante aquellos cuatro años?

Carolina volvió arrogante y con un aire de insólito desafío en la mirada. Lo primero que hizo al volver fué mandar quitar el lienzo de luto que cubría el escudo de la casa. "Que le da el sol—exclamó—, que le da el sol, y soy capaz de mandar embadurnarlo de miel para que se llene de moscas." Luego mandó quitar la yedra. "Pero, Carolina—suplicaba Tristán—, ¡déjate de antiguallas!"

El niño, el marquesito, sintió, desde luego, en su nueva madre al enemigo. No se avino a llamarla mamá, a pesar de los ruegos de su padre: la llamó siempre tía. "¿Pero quién le ha dicho que soy su tía?—preguntó ella—. ¿Acaso Mariana?" "No lo sé, mujer, no lo sé—contestaba Tristán—; pero aquí, sin saber cómo, todo se sabe." "¿Todo?" "Sí, todo; esta casa parece que lo dice todo . . ." "Pues callemos nosotros."

La vida pareció adquirir dentro de la casona una recogida intensidad acerba. El matrimonio salía muy poco de su cuarto, en el que retenía Carolina a Tristán. Y en tanto, el marquesito quedaba a merced de los criados y de un preceptor que iba a diario a enseñarle las primeras letras, y del penitenciario, que se cuidaba de educarle en religión.

though they were only a very few years old, already seemed incredibly old to him. He passed the dreary hours on the balcony at the rear of the house, among the ivy, listening to the droning of the river. Soon he resumed the card parties. He spent long hours alone with the priest, going over, so it was said, the papers of the late Marquis and arranging his will.

But what gave the whole city of Lorenza something to talk about one day was the fact that after an absence of some days, Tristan returned to the mansion with Carolina, his sister-in-law, now his new wife. But didn't people say that she had become a nun? Where and how had she lived during those four years?

Carolina returned proudly, with an air of insolent defiance on her face. The first thing she did on returning was to order that the mourning draperies be removed from the family coat-of-arms. "Let the sun shine on it," she exclaimed, "let the sun shine on it and I have a mind to have it daubed with honey so that it will fill with flies." Then she ordered the ivy to be removed. "But Carolina," begged Tristan, "forget about these relics of the past!"

The child, the little Marquis, immediately perceived an enemy in his new mother. He would not consent to call her "mama" in spite of his father's requests; he always called her aunt.

"But who told him I am his aunt?" she asked. "Perhaps Mariana?"

"I don't know, I don't know," answered Tristan, "I don't see how, but around here people know everything."

"Everything?"

"Yes, everything. It seems that this house tells everything . . ."

"Well, we shall keep quiet."

Life in the mansion seemed to acquire a bitter, concentrated intensity. The married couple seldom left their room, in which Carolina kept Tristan. And so the little Marquis was left to the mercy of servants, of a tutor who came every day to teach him his ABC's and of the priest who undertook to instruct him in religion.

Miguel de Unamuno

(1864-1936)

UNAMUNO'S LIFE was a ceaseless struggle. After preliminary studies at the Instituto Vizcaíno, he took up philosophy and literature at the University of Madrid, becoming Professor of Greek at the University of Salamanca in 1891. His writings, which began to appear in 1894, showed a passionate interest in philosophical speculation, especially as it concerns man's existence. During the debates of the so-called Generation of 1898 anent Spain's future, he scrutinized most deeply the essence of Hispanism. His outspoken, unpredictable and often anarchic viewpoints brought him into conflict not only with Primo de Rivera, who exiled him in 1924, but later with the Republic and with Generalissimo Franco. Although primarily a thinker, world famous for his existentialist *Del sentimiento trágico de la vida* (1912), Unamuno wrote several volumes of verse and prose fiction. His novels and stories, of which the most remarkable are *Niebla* (1914), *Tres novelas ejemplares y un prólogo* (1920), in which "El marqués de Lumbría" is included, and *San Manuel Bueno, mártir* (1933), dramatize his philosophical ideas, especially man's passionate desire not to die, to conquer death, and such other subsidiary themes as the maternal instinct, procreation, faith, im-

MIGUEL DE UNAMUNO

mortality, etc. However, Unamuno's characters are not, like those of many philosopher-novelists, mere puppets, symbolizing this or that: his characters are convincingly human, intensely so, a factor which contributes to his dramatic force and suspense.